

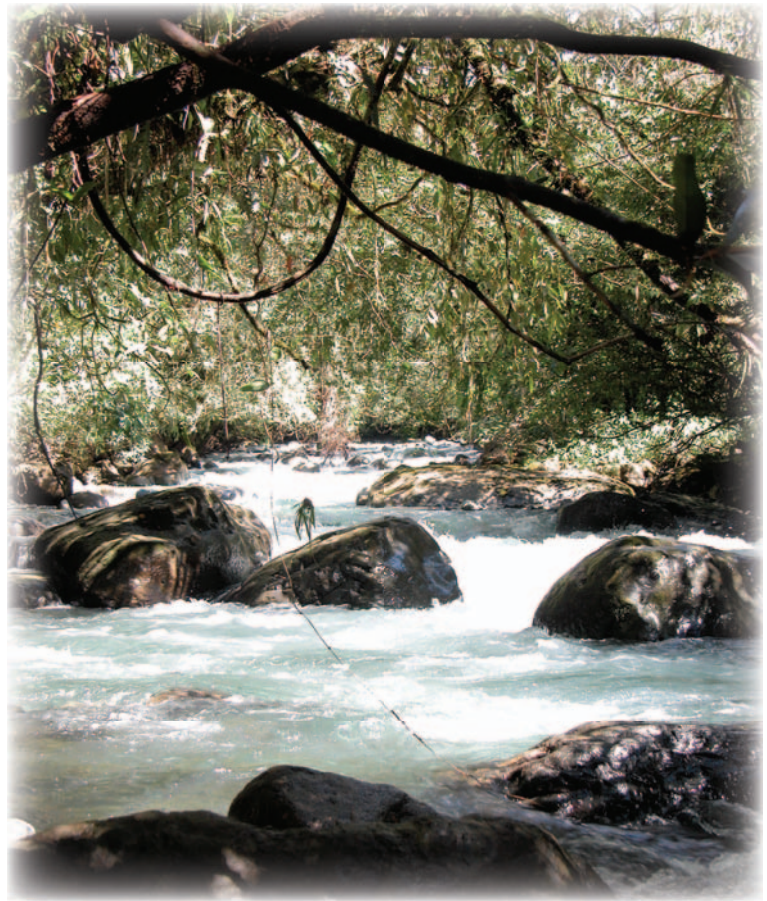
Evolución: azar, valores y teleologismo. La perspectiva de Alexander Skutch en El ascenso de la vida

Guillermo Coronado

“La creación de seres aptos para comprender y apreciar, capaces de gratitud y de gozo, parece el fin y la meta del proceso del mundo. ... Un universo sin un solo ser para disfrutar de su existencia en él, para celebrar su belleza, o para maravillarse de su inmensidad, sería un universo estéril.

*El cosmos logra valor y una razón de existir exactamente en la medida en que contiene seres para gozarlo, apreciarlo y entenderlo” (12-13)**

“Un mundo sin seres que sientan y gocen aparecería carente de significación. No importa cuan hermosos sus cielos, cuan suaves sus aires, cuan verdes sus paisajes, sin habitantes conscientes se mostraría tan desolador como las esferas de Mercurio y la Luna, sin vida y abrasado por el Sol. Todo valor en el Universo –todo aquello que, hasta ahora podemos decirlo, le dé significación y mérito- depende de su aspecto psíquico, infortunadamente mucho menos evidente y accesible a la investigación que su aspecto físico pesado” (197).



“Un mundo sin seres que sientan y gocen aparecería carente de significación. No importa cuan hermosos sus cielos, cuan suaves sus aires, cuan verdes sus paisajes, sin habitantes conscientes se mostraría tan desolador como las esferas de Mercurio y la Luna, sin vida y abrasado por el Sol.” Skutch, A.

Resumen

*El autor del ensayo parte de la afirmación de que el enfoque temático del libro *El ascenso a la vida* busca establecer una valoración del proceso evolutivo que justifique la lealtad cósmica. En su análisis, el autor pretende una interpretación de los elementos constitutivos de la cosmovisión de A. Skutch. Se considera esta a partir de tres factores: un finalismo de la valoración estética, un rechazo de un agente divino benéfico y la aceptación del azar como motor del proceso evolutivo.*

Un interesante reto, al enfrentar la cosmovisión de Alexander Skutch, tal como la desarrolla en su libro *El ascenso de la vida*, es no malinterpretar los epígrafes anteriores como si implicaran un teleologismo a ultranza que, en última instancia, también creara un conflicto con la ciencia biológica. En efecto, él reconoce que el principal dominio de su exposición no pertenece a la ciencia en sentido tradicional, a pesar de ser un científico practicante la mayor parte de su larga vida. Pero por ello mismo no busca que sea incongruente con la ciencia, aunque sí distinta. Sin embargo son preguntas de índole filosófica y no típicamente científicas las que plantea en su bello texto, a saber, preguntas acerca de la importancia del universo, de cuál es la fuente de sus valores, y cuál la pérdida si fuera aniquilado en algún instante, entre otras muchas.

No son preguntas científicas, en efecto, pero no solamente en virtud de las limitaciones metodológicas que la ciencia se impone, sino porque ellas tienen que ver con "valores que acrecien-

tan la existencia y hacen preciosa la vida", y no solamente "con hechos y mediciones" (17). Más claramente, se tiene que el enfoque temático del libro *El ascenso de la vida*, busca establecer una valoración del proceso evolutivo que lleve a justificar el que, como seres humanos, le brindemos lealtad: lealtad cósmica. Y ello es definitivamente algo que va más allá de la objetiva descripción fenoménica típica de lo científico.

Obviamente, como tal, reiteramos, esta dimensión valorativa no corresponde a la forma tradicional en que la ciencia trata el fenómeno de la evolución. No obstante, si se coincide con ella, con la ciencia normal (Kuhn) enfatiza Skutch, en el asumir que la evolución es "un juego de azar, por el cual la vida ha tenido que sortear su camino hacia arriba en ausencia de un guía inteligente, compasivo y previsor". (20)

Y con esto último, nos conectamos con el tema de nuestro trabajo, a saber, cómo interpretar los elementos constitutivos de la cosmovisión sku-

tchiana. Cosmovisión que prima facie recuerda algunos de los teleologismos planteados en el pasado, como el de Bergson, que se alude y se rechaza por Skutch, o bien, el de Teilhard de Chardin en su *Fenómeno humano* que está ausente del texto pero que no deja de ser un referente interesante.

Tres factores se deben considerar en lo que sigue para construir una adecuada interpretación del pensamiento de nuestro autor, a saber, un finalismo de la valoración estética, un rechazo de un agente divino benéfico, y la aceptación del azar como motor del proceso evolutivo. Prima facie, la tarea es sumamente difícil pues los tres factores se presentan como radicalmente opuestos. No obstante, además de la belleza del texto de Skutch, esta correlación conceptual resulta de enorme atractivo intelectual. Pasemos de inmediato a la tarea, considerando tales factores constitutivos de la interpretación del proceso de evolución cósmica en algunos textos del ensayo de Skutch.

En primer lugar, un texto nos presenta al ser humano como ese gran apreciador o valorador que le daría culminación y plenitud al proceso evolutivo, pero al mismo tiempo se afirma que no fue resultado de un designo divino para tal efecto: "Aunque el hombre cuenta con atributos que lo capacitan para jugar un papel esencial sobre su planeta, no fue ciertamente diseñado por una mente maestra para llenar su rol a la perfección". (14)

Ahora bien, si el hombre no fue el resultado de un designo por un agente capaz de un plan o diseño de la naturaleza, cabe preguntarse si esa misma naturaleza sí lo es. En este respecto, Skutch también es claro y preciso: no hay tal plan de la creación. Lo dice de así: "Aunque parece que el Universo ha sido establecido para evolucionar en una cierta dirección, su evolución no ha estado obviamente dirigida por una mente cósmica con la previsión y el poder necesarios para guiarlo de manera infalible hacia su meta más elevada. Con frecuencia la evolución ha desatinado y errado

el camino, destruyendo una y otra vez lo que ha logrado, y emprendiendo nuevos comienzos. Pero, con persistencia indomable, nunca ha cesado de esforzarse, con el resultado de que ha creado mucho que es bello y admirable y a la vez mucho que es horrible y repugnante. Debido a su método de tanteo, sus mejores logros se han pagado al precio de enorme sufrimiento". (13-14)

Dada tal ausencia de plan, el proceso evolutivo no es más que un constante e interminable esfuerzo de prueba y error, que produce sendas que muchas veces tienen que recorrerse nuevamente. Ahora bien, debemos tener presente que esto no supone un lamarckismo, en el que una naturaleza se repite a sí misma creando nuevamente las especies que se extinguen. Un tal lamarckismo supone una naturaleza como matriz generadora de las mismas especies en largos períodos. En Skutch, por el contrario, se tiene un proceso evolutivo sin direccionalidad privilegiada, contra los finalismos estrictos, pero tampoco con una circularidad siempre presente a gran escala. Lo que se extingue se pierde para el fenómeno de la vida. Pero, ese proceso se mantiene y ha creado mucho de bueno pero también mucho doloroso y terrible.

Uno de los resultados de esta situación se destaca cuando Skutch hace énfasis en lo que llama la paradoja del ser humano: el ser viviente capaz de apreciar y valorar la belleza del mundo pero al mismo tiempo destructor del mismo en gran escala. *"Esto nos lleva a una situación causante de perplejidad. Somos, entre todos los habitantes de un planeta excepcionalmente favorecidos, los mejor equipados para disfrutarlo, comprenderlo y apreciarlo. Sin embargo, el mismo proceso evolutivo que nos dio dotes superiores, nos cargó de apetitos y pasiones que nos hacen dañar o destruir lo que más necesitamos".* (15-16) O explicitando más detalladamente la paradoja, escribe:

"Nuestro planeta se halla en la encrucijada. Hasta donde podemos decirlo, nunca antes, durante los billones de años desde que se originó el primer rudimento de vida en los mares primordiales, ha estado en situación tan crítica. Si el hombre, su animal dominante, hace un esfuerzo amplio y sostenido para desarrollar en sí las cualidades peculiarmente humanas de comprensión, apreciación y responsabilidad, el planeta puede moverse constantemente hacia su plenitud. Si, por el contrario, el hombre permite

que sus elevados atributos sean dominados por la voracidad, la hostilidad y los ciegos impulsos reproductivos, entonces la abundancia y calidad de vida de la vida vegetal y animal de la Tierra, incluyendo la suya misma, declinarán progresivamente, y aquella promesa que entrañaban en ella los crecientes rasgos espirituales del hombre, no tendrán cumplimiento". (16-17)

Esta doble función del ser humano no debe achacarse a una naturaleza extraordinaria, creemos, sino al reflejo del proceso evolutivo en general. Empero, Skutch no se contenta con simplemente establecer el anterior hecho, sino que sugiere cuatro vías para superar, hasta lo posible, esta situación paradójica: aumentar el conocimiento sobre la unicidad de la Tierra; investigar el papel que nos corresponde en nuestra situación, es decir, una interpretación filosófica; mediante la educación y la cultura profundizar nuestro conocimiento y nuestra apreciación del bien y la belleza; y finalmente, desarrollar suficiente fuerza moral para controlar o amortiguar las pasiones e impulsos que debilitan nuestra función de valoradores de la Tierra y sus valores y resultan peligrosos para el mismo planeta. (16)

Tomando el extremo positivo de la anterior paradoja, se tiene que los seres humanos se presentan, según Skutch, como sujetos que pueden generar valores y también disfrutarlos, pero argumenta que no necesariamente son únicos en esta función. No defendería un antropocentrismo estético a ultranza. El ejemplo que cita es el siguiente: el deleite que producen los animales por su belleza, gracia, canto melodioso y maravillosas construcciones. En consecuencia sospecha que *"al menos algunos de ellos, encontrando satisfacción en sus propias vidas y actividades también disfrutan de valores"* (19). Ciertamente, en el caso de las plantas la interpretación le resulta más difícil, pero advierte que no se puede ser dogmático negándoles alguna capacidad para el sentimiento. De hecho, más adelante en su libro, Skutch también rechazará la concepción cartesiana respecto de animales y plantas que las convertiría en máquinas incapaces de sentimiento alguno.

Ahora bien, de manera general, Skutch establece la tesis de que, *"Un amplio examen sobre el ascenso de la vida debería conceder atención a ambos aspectos de valores –la habilidad de cada organismo para disfrutar*

de su propia existencia, así como su capacidad para ensanchar las vidas de las criaturas circundantes". (19) Y esto, en la dimensión del ensanchamiento de la vida de las otras criaturas a su alrededor, nos recuerda la tesis de Francis Bacon relativa al conocimiento, el que no se agotaría en la simple comprensión de las causas sino que debe también producir el beneficio de la sociedad.

Respecto del sujeto capaz de realizar la contemplación estética del mundo y por ende sus potencialidades de belleza, en particular, tenemos que Skutch lo plantea en varios momentos y niveles. Primero respecto de una naturaleza dominada por lo vegetal que sería en cierta forma incompleta: *"Un planeta con un magnífico escenario, cubierto de hermosas formas vegetales bajo un cielo encantadoramente azul y blanco en los días de buen tiempo y enjoyado con incontables estrellas por la noche, estaría incompleto sin seres que respondan con apreciación agradecida a toda su belleza y sublimidad, que pregunten y traten de comprender su mundo y a sí mismos. Esta es la razón más apremiante para creer que necesita de animales con ojos y oídos y mentes para suplementar el trabajo constructivo de las plantas y hagan uso*



"Un planeta con un magnífico escenario, cubierto de hermosas formas vegetales bajo un cielo encantadoramente azul y blanco..." Skutch, A.

de la energía que ellas proporcionan a las actividades vitales. ¿Qué sabemos acerca de la sensibilidad estética y la curiosidad intelectual de los animales no humanos?" (118).

La respuesta es obvia respecto de lo último, no existe, pero en cambio se defiende una aceptación de la sensibilidad estética. Bajo la imagen de esferas sucesivas de lo viviente, Skutch describe la formación de la esfera de la vida vegetal. Pero reconoce que esa conformación de vida vegetal supondría esquemas de belleza que no podrían ser contemplados apreciativamente por observadores capaces de valorarla: *"Un planeta con sólo vida vegetal no realizaría sino una fracción de los valores que la vida puede experimentar. Y en un*

Universo que parece estar esforzándose, aunque ciegame, por producir y actualizar todos los valores que él envuelve potencialmente, ¿no deben los elevados valores que las plantas no pueden conocer de alguna manera salir a la luz?"

Pero los animales, aparte de reproducir algunas de las actividades ya anticipadas por las plantas, resulta que introducen dimensiones de gran destrucción. La imposibilidad de los animales de sintetizar su propia energía, los lleva a depender de los vegetales para esta síntesis, y en consecuencia, a destruirlos generando gran matanza y destrucción. Skutch especula sobre vías alternativas en las que la movilidad animal se agregara a la fotosíntesis vegetal, por una par-

te, y que el reino vegetal proveyera con frutos más nutritivos a la alimentación animal, por la otra. Pero no se cumplieron. Y el resultado es la predación del reino animal sobre el vegetal que provoca el que la esfera biológica que suma ambas dimensiones vivientes sea un espectáculo de destrucción y muerte.

Lo anterior le sirve a nuestro autor para replantear una argumentación crucial para su cosmovisión y para nuestro trabajo de interpretación de su pensamiento. En efecto, ante esas dos posibilidades no aprovechadas, presenta la posibilidad de un creador benéfico -- un dios bondadoso, demiurgo o creador añadimos nosotros—para establecer que: *"En ausencia de una divina supervisión,*

la vida ha tenido que ir a tientas en su camino hacia adelante, a menudo desatinando, tomando direcciones infructuosas, comenzando de nuevo, sufriendo mucho, logrando sin embargo algunos admirables resultados". (108) Y así reafirmar su rechazo a la existencia de un diseñador y planificador divino de la naturaleza física en general, y de la viviente en particular. O bien en otros términos, con cierto aire de reducción al absurdo, expresa que *"el planeta privilegiado que mediante una deidad benéfica para guiar la evolución pudiese haber llegado a ser la morada de una inmensa diversidad de criaturas viviendo en concordia, se convirtió en un lugar mixto, donde la belleza y la fealdad, la paz y el temor, la felicidad y el horror, se mezclan en el contraste más intrincado".* (109)

Finalmente, y en relación con las posibilidades científico-tecnológicas actuales, tendríamos una nueva manera de ver la misma situación al reconocer, Skutch, que recientemente los científicos han comprendido el modo que átomos y moléculas se imbrican en el proceso de la vida, aunque todavía no sean capaces de sintetizar la forma más simple de vida. Pero él se pregunta, y ello es lo significativo: *"¿Qué no lograría hacer*

con ellas un superquímico, determinado a crear lo mejor con estos materiales tan versátiles y dóciles, evitando mientras tanto cualquier combinación desafortunada? En ausencia de una supervisión benévola semejante, la vida ha tenido que cometer equivocaciones en su camino ascendente a base de prueba y error, dependiendo de fortuitas recombinaciones de átomos para cada avance. La evolución ha sido un proceso lento y doloroso: sus logros han sido comprados a un elevado costo en incontables vidas y sufrimiento sin medida". (167) Pero nuevamente es claro que no hay un tal guía benevolente y la evolución es proceso azaroso a partir de prueba y error.

Antes de sistematizar todo lo anterior, vale la pena señalar que para Skutch habría un principio explicativo de mayor generalidad que también se relaciona con el asunto. Un elemento interpretativo fundamental en su cosmovisión y que él llama el Principio de armonización: impulso social que impele a establecer esquema de orden caracterizados por patrones de amplitud, coherencia y complejidad. Para nuestro autor, las entidades básicas de la naturaleza son sociables, y no solamente ellas, sino también sus productos más sofis-

ticados, nosotros mismos como humanos.

El ejemplo básico de este principio de armonización es la forma de actuación de los átomos, con una sociabilidad indiscriminada, gravitación, y otra más selectiva o discriminativa, la afinidad química. (37) La evolución orgánica es obviamente también una manifestación de tal armonización aunque por su evidente complejidad muchas veces se complica y disfraza. Este principio de armonización permite una primera aproximación al tema del "amor", como aquello generado por acciones tales como el cuidado de los jóvenes miembros de la especie, privilegiando, entre otros casos en "ciertos insectos, peces, ranas, los mamíferos" a los pájaros, lo cual es comprensible por su experiencia como estudio de los mismos. En el caso del hombre, esta armonización lleva no solamente al amor sino también a la solidaridad, como manifestaciones de la perfección de lo humano.

Para cerrar de manera más sistemática este breve trabajo, se puede reunir todo lo anterior y apuntar que de manera categorial lo que se tiene es que el proceso evolutivo no es un proceso teleológico radical en virtud de la acción de algún guía bon-

dadoso que condicione la causación evolutiva desde el pasado hasta el futuro. No obstante, un teleologismo de la valoración sí tendría algún sentido, pues la naturaleza engendra y contiene valores, tales como la belleza y la armonía, que requieren que en algún momento del proceso evolutivo se produzca un sujeto capaz de distinguir y apreciar tales valores.

Muchas de las hermosas citas del texto en discusión apoyan esta cosmovisión. Sin embargo, este sujeto apreciador de valores, el ser humano, tampoco puede tomarse como un hito único y necesario, pues la evolución biológica no exige instancias particulares. En efecto, en otros sistemas solares bien podría darse seres vivientes capaces de reconocer los valores del Universo en sus respectivas situaciones espacio temporales. Y en nuestra Tierra, si el ser humano no cumpliera con la dimensión valorativa y más bien se inclinara por la acción destructiva y antivalorativa, y llegara a extinguirse, otros seres podrían asumir su función.

Esta contingencia es coherente con la verdadera fuerza impulsora de la evolución, a saber la combinatoria azarosa de los factores sociales últimos. Motor del proceso evolutivo que coincide

con las explicaciones típicas del pensamiento científico. Ahora bien, como la ciencia, por razones metodológicas propias, no puede enfrentar este tipo de concepciones, Skutch insiste en la viabilidad de un enfoque evolucionista que no excluya la inmanencia de valores resultantes de la omnipresencia del principio de la armonización, como los de la belleza, la bondad y la verdad, o sus contrapartes o antivalores, como fealdad, maldad y falsedad.

Skutch examina, en especial, estos tres tipos o categorías de valores que normalmente se toman como los más elevados, para establecer que si bien pueden traslaparse cuando se les considera en su generalidad, puesto que verdad y belleza son formas de la bondad, por ejemplo, lo más importante es que sus diferencias resultan bien definidas cuando se les precisa adecuadamente. Así, según él, la verdad debe restringirse al dominio del intelecto, la belleza al de las impresiones de los sentidos, y la bondad al de la voluntad o determinaciones morales (212). En consecuencia, resulta que en tal caso, la belleza sería el valor o categoría "más diseminada, primitiva y fundamental". Se presenta de manera más inmediata y espontánea; aunque puede mejorarse

mediante la educación es también causa de deleite en "el niño y el salvaje". Por el contrario, la bondad y la verdad no se dan espontáneamente sino que requieren de esfuerzo: ser bueno es difícil y la búsqueda de la verdad no es solamente difícil sino interminable.

Al igual, que la presencia de los valores y los sujetos capaces de reconocerlos y apreciarlos no es resultado de un designio de un agente divino bondadoso, tampoco debe suponerse que la presencia de antivalores como el dolor sean el resultado de un principio metafísico del mal. *"El mal, que es la destrucción de valores o su reemplazo por desvalores..., nace de la intensidad misma del movimiento que trae el bien al mundo, más que por la acción de un principio del mal, algún espíritu maligno, como han supuesto ciertos pensadores. Si el movimiento para traer bien al mundo fuera menos intenso, este mundo sería menos malo. El mal es el efecto secundario o subproducto del proceso mismo que crea al bien, en especial cuando el proceso se torna cesivo..."* (164)

Skutch ofrece una descripción exhaustiva de lo que entiende por una mente apreciativa que puede encontrar el sentido o por qué de la vida; las notas que la caracteri-

zan serían las siguientes: *"reflexión, imaginación, simpatía, sensibilidad estética, humildad, generosidad, gratitud, carencia de sensualidad y adquisitividad, una gran capacidad para ocuparse o pre-ocuparse de cuanto se ama y admira, aspiración -he allí los atributos sobresalientes de una mente apreciativa"* (300-301). Ciertamente muchas de estos rasgos son de índole más bien innata, pero también es posible fomentarlas mediante una adecuada educación, como quedó establecido en los cuatro sugerencias discutidas antes.

Dado todo lo anterior, se tiene que para Skutch el papel de los seres humanos en este particular y altamente probable único proceso biológico en nuestro sistema solar es de culminación y realización plena, puesto que son los sujetos apreciadores de las potencialidades axiológicas de la naturaleza. Pero también es comprensible que los mismos seres humanos puedan actuar como agentes de destrucción y muerte, porque la misma evolución los ha dotado de pasiones y actitudes contrarias a la realización de lo bello y bueno. Pero precisamente porque esto es así, no importa cuán contingente sea, creemos que tanto para Skutch como para cualquier otro intérprete, no-

sotros mismos, esto hace más sublime y maravillosa la función apreciativa y creadora del hombre.

Ni un ser divino resultante de un dios guiador, ni un factor de maldad metafísica actuando como contrapartida. Un contingente agente, producto accidental, pero realizador hasta donde sea posible de las más altas potencialidades de la naturaleza. Un animal sí, pero un animal sublime, y esto es también bello y maravilloso. Nos parece que esta es la mejor y más completa conclusión -contingente, por supuesto, pero fáctica, del proceso de la evolución de la vida. Un animal imperfecto pero perfectible como nos enseñaba en sus clases el Profesor Víctor Brenes en sus lecciones de la Universidad de Costa Rica. Y una tal situación, imperfección y perfectibilidad, es lugar de demeritar el proceso cosmológico lo enriquece y nos enriquece como especie y como individuos.

NOTAS

(*) Las citas se refieren al número de página de la primera edición de *El ascenso de la vida*, publicada en 1991, por la Editorial Costa Rica.

Este texto fue publicado en *Zeledonia*. Vol 8, # 1. Junio 2004. Páginas 10-20, y se publica en Comunicación como excepción, en homenaje a Alexander Skutch.